

las entrañas

Por: Milena Sarralde D.
Laura Sánchez Largo
Daniel Alzate Isaza

Fortaleza en la distancia

“Ahora las mujeres somos más fuertes, pero hemos cambiado por necesidad. Lo más importante es que todas aprendamos a ser independientes” comenta Gladis Martínez, sentada en uno de los sillones de su negocio. Y es que esta mujer de 42 años considera que gracias a los tiempos difíciles, que forjaron su carácter, ahora puede gastar el dinero que ella misma gana cocinando a diario en el restaurante El Bambú, ubicado en la galería de Santa Rosa de Cabal.

Obtener un negocio propio no fue fácil. Gladis vivió 9 años en España, en los que trabajó cuidando a una anciana y en la cocina de un restaurante. Soportó estar lejos de sus seres queridos, pues cada vez que se sentía sola pensaba en que el dinero que enviaba a Colombia y la sensación de estar ahorrando para conseguir una casa o darle educación a su hija, eran grandes satisfacciones que le quedaban desde la distancia, pasando las noches en un cuarto pequeño con la singular compañía de un viejo gato.

“Su padre nunca nos colaboró, hasta tuve que ponerle una demanda para que nos ayudara con dinero, pero eso no fue suficiente. Así que decidí irme a España, yo no podía aceptar que mi hija tuviera tan poco mientras yo tenía salud y mis dos manos. Entonces me dediqué a trabajar y a enviar todo lo que fuera posible” reflexiona Gladis con orgullo, en medio del humo que sale a bocanadas de un plato de sancocho, servido a uno de sus clientes.

Desde hace un año Gladis volvió a Colombia. Ahora ve los frutos del tiempo laborado en el viejo continente, pues pasa tranquila sus días cocinando para diferentes personas, que además de buscarla por su buena sazón o los bajos precios de \$2.500 en sus platos, también asisten al restaurante para escuchar un buen consejo.

Su hija de 23 años, ahora cuenta con un trabajo como auxiliar de odontología y con todo el amor de su madre. “Después de los días que pasamos lejos ambas dormimos juntas, porque como dice mi niña gigante, así tan junticas tal vez tengamos la suerte de soñar lo mismo” recuerda Gladis.



A punta de sudor y masa

Su edad prefiere no revelarla, pero se enorgullece de contar que tiene cinco hijos, dieciocho nietos y nueve bisnietos. Sus manos parecen vivir años de gloria, su rostro combate con el pasar de los años y entre gestos agrega: “yo no me pongo a pensar. Sólo trabajo. Ésa es mi vida”. Mientras agita la ‘chinita’, voltea las arepas, y acomoda el carbón grisáceo que se consume y se pierde en cenizas en el viento de la noche. Doña María Efigenia Valencia, nacida en Belalcázar - Caldas, confiesa haber perdido la cuenta de los años que lleva en este oficio.

“Yo llegué a Pereira en 1999, no sé nada de política. No soy de aquí ni de allá” Uno pensaría que se refiere al centro. Pero remató diciendo: “sólo he votado una vez. Fue por Álvaro Uribe...Que ¿por qué?... porque sacó mucha gente de la pobreza, él fue el que pensionó a los ancianos, le dio a los niños pobres educación y ha sido el único que se ha enfrentado a la guerrilla”.

Doña Efigenia dice no leer la prensa. Sólo ve televisión. Y eso cuando le queda tiempo, porque de 5:30 a.m. a 10:00 p.m. trabaja regularmente entre semana. Cree en todos los ángeles y se encomienda a todos los santos al salir de su casa o al comenzar el día.

En algunas de sus anécdotas, recuerda el día en que su nuera la llevó a conocer a Pablo Portela, “ese señor cantaba muy hermoso, pero yo no me aguantaba una misa de tres horas cantando aleluya”. Entre sus desgracias, está la pérdida de su hija,

“ella vive arriba”, dice mientras señala al cielo; la enfermedad del hijo beato con el que vive, “ese se enfermó de tanto politiquear”; y el recordar que tenía un esposo; “hace cinco años se aburrió y se fue el porquería ese”.



Con fibras de acero

“En el tiempo que yo salí había los problemas de grupos violentos y a mí por ese ladito se me complicó mucho la vida allá y pues entonces vendí una motico que tenía y me vine para acá”. A Luz Stella Ramírez, oriunda del municipio de Santuario - Risaralda, Pereira la recibió hace tres años. El conflicto armado la obligó a emigrar de su tierra en busca de mejores opciones y en compañía de sus tres hijos.

Las búsquedas incansables dieron su fruto, y fue así como terminó por conseguir un empleo. Uno de esos no convencionales para mujeres, de esos en los que ser machista, tener bigote e ingeniar piropos indecorosos resulta ser una constante. La gasolina del taxi que conduce Luz Stella, será corriente, pero la gasolina que le da fuerzas para enfrentarse a la noche fría, es su familia. Su madre le ayuda cuidando a sus hijos mientras trabaja, puesto que Luz decidió el horario nocturno para pasar más tiempo con ellos en el día. Según cuenta, entre la fortaleza y la nostalgia, uno de sus hijos se le estaba saliendo de las manos.

Entre tanto, Luz todavía recuerda con espesa amargura “cuando llevaba un mes de haber empezado a trabajar, me atracaron y me aporrearón, y sin embargo no me bajó la moral”. Como tampoco le bajó la moral el día que la humillaron por ser mujer y manejar un taxi.

Esta risaraldense de 28 años, parece tener fibras de acero, parece no quebrantarse ante ninguna dificultad, ser una fiel encarnación de la lucha inmarcesible por la equidad de género. Parece que ya no se deja amedrentar por esos absurdos prejuicios que han tenido que soportar muchas mujeres cabeza de hogar con empleos que la ‘sociedad’ dicta altaneramente: deben ser de hombres.